

LA CAZA EN LA LITERATURA

FRANCISCO DE PAULA SÁNCHEZ ZAMORANO
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

“Soy un cazador que escribe antes que un escritor que caza”, dice M. DELIBES. Pocas frases como ésta define en tan pocas palabras y tan magistralmente la gran imbricación que puede llegar a existir entre caza y literatura, entre el hecho cinegético y el hecho literario. De ahí, que escopeta y pluma, por este orden, formen una complicidad prodigiosa en buena parte de la ingente creación literaria del escritor vallisoletano. “Ello explica –nos dice éste– que siendo en mí la caza una pasión avasalladora no disponga más que de una escopeta que utilizo indistintamente para todo el abanico de posibilidades que este deporte ofrece (...). Esto de la escopeta es para mí tan sumamente delicado que únicamente rindo lo que debo cuando he logrado adaptarla, esto es, convertirla en un miembro más de mi cuerpo (...). Con la pluma estilográfica me sucede lo mismo. En tanto no consigo transformarla en un apéndice de mis dedos no le saco utilidad...”.

Los versos de JORGE GUILLÉN dan en el blanco al referirse a la literatura cinegética de Delibes: “Un arte narrativo que recrea/ campo y ciudad, sus luces y sus ideas,/ profundos los paisajes minuciosos,/ vegetaciones, hombres, animales,/ en medio el cazador”.

Ese cazador que escribe movido por la pasión de la caza, una de las pasiones más ancestrales del hombre. De ahí que el propio Delibes haya sentenciado, y creo que con acierto, que para que una novela sea buena ha de reunir tres ingredientes: un paisaje, unos personajes creíbles y una pasión. Y si esa pasión que mueve la pluma es la de la caza, estaremos sin duda ante una excelente obra literaria ambientada por el hecho cinegético, si es que no sea éste su misma razón de ser. Tal vez por eso, sin él proponérselo, la novela cinegética más importante de nuestra literatura sea *Diario de un cazador*. Bajo la mirada del diarista Lorenzo, bedel de oficio y cazador de afición, Delibes, dejando a un lado el acoso del entorno y la frustración que representa una naturaleza en continua degradación, va describiendo, con una sensibilidad y una ternura exquisitas, el mundo sencillo que rodea la vida del protagonista, todo ello desde un optimismo vital inusual en su obra.

Pero siendo Delibes, a mi juicio, el máximo exponente de la literatura cinegética y albergando él, como nadie a lo largo de la historia, esa síntesis de autor y cazador, o como mejor le gusta decir de cazador que escribe, lo que su afición representa, en definitiva, no es sino la continuación de una larga tradición practicada por el hombre desde que éste aparece sobre la faz de la tierra. Porque el cazador actual no es sino heredero del arte de la cinegética que practicaba, por motivos de subsistencia, su ascendiente del Paleolítico. El hombre de hoy es receptor de ese instinto emocional, que todavía se manifiesta en una emoción apenas evolucionada. Bien es verdad que hay un

trecho muy grande entre los impulsos que movían al hombre primitivo a dar muerte a una gacela con una flecha y los que incitan al hombre actual a hacerlo con un moderno rifle de repetición. Sin embargo, los sentimientos que dan vida a ambos seres humanos son los mismos. La pasión es idéntica. El que practica hoy la caza lleva en sus oscuras profundidades ese deseo atávico e indescriptible, nacido en la noche en que bajo la luz clara de la luna el hombre, su ancestro, fue alcanzado por el hechizo irreductible de una Diana balbuciente aún en sus ansias de trascendencia y espiritualidad.

Otra cosa es que la muerte del animal –porque ya de ordinario, durante el ejercicio de la caza, no se causa por razones de subsistencia– se perciba erróneamente como una consecuencia irracional e incomprendida, especialmente por un sector del ecologismo de salón que no es capaz de emocionarse con las voces y los silencios de la naturaleza, que es el escenario consustancial a la cinegética. En su obra *Con la escopeta al hombro*, DELIBES se hace eco de esta percepción afirmando que en esto de la caza “se está imponiendo una falsa sensibilidad que me llega a aterrar”.

ORTEGA Y GASSET, en el prólogo al libro *Veinte años de Caza Mayor* del Conde de Yebes, da respuesta a esta cuestión. En ese inmenso tratado de psicología de la caza que supone este prefacio –una obra en sí de obligada cita para los que se acerquen a la temática– el filósofo afirma que “al deportista no le interesa la muerte de la pieza; no es eso lo que se propone, lo que le interesa es todo lo que antes ha tenido que hacer para lograrlo; esto es, cazar. Con lo cual se convierte en efectiva finalidad lo que antes es sólo medio. La muerte es esencial porque sin ella no hay auténtica cacería: la occisión del bicho es el término natural de ésta y su finalidad: la de la caza en su mismidad, no la del cazador (...). Si al deportista le regalan la muerte del animal renuncia a ella”.

Parecida reflexión es la que intento trasladar a mi novela *El crepúsculo de Virbio*, después de que don Evaristo haya abatido una collera de perdices en el puesto ante la presencia de Andrés el Tejón: “A partir de ese momento la enorme satisfacción del cazador de pájaro empieza a pugnar con la idea de la resurrección. Si pudiese devolverles la vida a las dos bravas perdices, seguro que lo haría; pero eso es la caza, la extraña pasión del hombre por la naturaleza, la mezcla explosiva de emoción e irracionalidad, de atavismo y libertad, en la consolidación de ciertos instintos que parecían atrofiados o expulsados de la naturaleza humana, en la búsqueda de sensaciones que en el fondo son las mismas que latían en nuestros ancestros cuando cazaban para sobrevivir”.

Por tanto, siendo consustancial al hombre el arte de la caza –el cual ya ha recorrido los estadios conceptuales de necesidad, ocupación humana, juego y deporte–, también lo es el propio arte de transmitir sus experiencias. Y es que, en el fondo, la literatura, entendida como el arte que emplea como medio de expresión además de la palabra escrita, la hablada, puede ubicarse en el mismo tiempo histórico que aquella. ¿Acaso el hombre primitivo reunido ante la lumbre, junto a su grupo o clan, con su cara teñida del tremulante rojo de las llamas, aún impresionado por la emoción del lance, no estaba escribiendo en la imaginación de los demás la dificultad ante la pieza esquiva? ¿Qué otra cosa pueden ser sino relatos de caza, abstracciones mismas de los lances, anhelos y frustraciones de una jornada de caza, los bisontes de Altamira?

Desde la misma hoguera el hombre empezó a contar y a relatar, a soñar y a imaginar, a sentar inconscientemente las bases de la poesía y de la novela. Desde entonces han abundado los anecdóticos, las historias trágicas o amenas, los relatos más o menos fantásticos en que la acción del hombre enfrentado con la pieza a cazar ha ocupado el centro del discurso narrativo.

El propio CAMILO J. CELA, con su fina ironía gallega, afirma que “el hombre,

quiere decirse, la especie humana nació cazando, pintando y hablando en verso...". Tal vez por ello los cazadores, deseosos de que su memoria no se diluya demasiado ni se difumine más de lo preciso, se reúnan a contar sus "hazañas", las faenas de los perros y sus habilidades, aderezándolas con algún que otro exceso o exageración, pues a la caza como al amor le sienta este ingrediente.

Pero inexactitudes o fantasías, sueños o deseos, fracasos o frustraciones, son todos ellos sentimientos que, surgiendo del hecho cinegético, impregnan el literario. Tampoco es que sea ello una novedad o algo distinto a lo que ocurre en cualquier manifestación humana, aunque la "mentira" o la fantasía del cazador, trasladada a la pluma, se asiente sobre un acto de sinceridad, que es el que, a mi juicio, infunde el propio acto de la creación literaria.

Disquisiciones aparte, lo incuestionable es, insisto, que el maridaje entre caza y literatura viene de muy lejos. Así, las manifestaciones más inequívocas de la literatura venatoria nos llegan de la antigua Grecia. Y es que los griegos concedían tal importancia a la caza que, en su mitología, hicieron de ella uno de los placeres de la divinidad. Ártemis y la predilección por los ciervos es paradigma de ese culto. *La Cinegética* de JENOFONTE describe magistralmente la caza de liebres con perros y redes, la del jabalí con redes y lanzas, la del ciervo con trampas de madera, la de leones, linceas, panteas y osos a caballo con lanzas. Otra *Cinegética*, la de ARRIANO, trata de los perros de la Galia y de las cacerías a la carrera de los galgos, así como de los caballos de Esticia y de Libia. Asimismo, OPPIANO dejó escrito un tratado cinegético en cuatro libros.

La literatura latina, en cambio, nos ofrece pocos ejemplos de obras cinegéticas. VIRGILIO, en sus *Geórgicas*, y HORACIO, en sus *Odas*, hablan de caza pero de un modo incidental. Sin embargo, la mitología tiene su trasunto en los dioses. Ártemis es Diana dominando el Aventino de Roma y toda esa constelación de dioses menores que bajo su mando están a cargo de los bosques y de la caza.

Pero la literatura, como manifestación del hombre, recibe en su seno a la caza en la medida en que ésta ocupa un lugar de cierta relevancia en sus quehaceres o aficiones. Y ese nivel, por supuesto, no ha sido el mismo a lo largo de la historia. En el siglo VI la caza era fundamentalmente una actividad libre y, en consecuencia, los terrenos sobre los que aquélla se practicaba tenían también la consideración de libres. Como recoge SÁNCHEZ GASCÓN en su magnífica obra *El derecho de caza en España*, en la época de la Roma preclásica y clásica (siglos III a. C. al III d. C.), en los terrenos de propiedad privada, su titular no podía prohibir la caza, cosa que no deja de ser extraña si tenemos en cuenta los absolutos derechos dominicales que al propietario de un fundo o terreno se le reconocían. La propiedad sobre un predio se extendía –según la más rancia tradición romanista– *ad caelum y ad inferos*. Pero con el asentamiento de los godos en la Península la caza en general se reserva a la nobleza y al clero, siendo nuestro territorio una gran reserva de caza cuyo ejercicio estaba prohibido al resto de la población, pues la tierra sólo pertenecía a aquéllos. Estado de cosas que se mantiene hasta épocas relativamente recientes.

Pues bien, cuando la caza estaba concebida como privilegio de nobleza y clero o como vía de escape para ciertos individuos de clases bajas que actuaban infringiendo la ley –de ahí la frase de que la caza es de marqueses o manteses– surge dentro de la literatura medieval un tratamiento una veces directo y otras indirecto o episódico del hecho cinegético.

El libro de "Moamín", cuya traducción del árabe al castellano encargó posiblemente Alfonso X el Sabio hacia 1250, es un verdadero tratado de halconería, pues el halcón es el ave predilecta de la nobleza para la cetrería. De singular importancia es

el *Libro de la Montería* de ALFONSO XI, escrito en la segunda mitad del siglo XIII, donde se describe la actividad cortesana en torno a la caza. La participación del rey en cacerías era un método de estar permanentemente preparado para la guerra. Asimismo en el libro se describe la caza de venados –a la que se sublima en relación con la caza de animales de menor porte–, se reseñan las heridas que pueden sufrir los perros y el modo de curarlas y, finalmente, se informa geográficamente sobre las regiones de caza y sus montes. Por la misma época aparece un *Libro de Cetrería* de autor anónimo y, más tarde, otras obras más, como *El libro de la caza de las aves* de Pedro López de Ayala hacia 1385.

Sin embargo, siendo todo ello de interés, lo que mejor se aviene a los propósitos de la presente ponencia, más allá de los tratados de caza, es resaltar las obras de pura creación literaria que reflejen de modo principal o accesorio esta actividad. Significativo resulta el neblí o ave guía que ROJAS supo hacer revivir de manera magistral como animal que condujo a Calisto hasta Melibea. La caza como metáfora sigue los avatares del Neblí de Calisto que, como la corneja del Cid, era un ser vivo llovido del cielo al comienzo mismo de la acción dramática. “La voracidad del neblí está latente sin dejar de ser continua a lo largo de *La Celestina* bajo la cobertura de múltiples y variadas imágenes de caza: redes, tiros, cebo, anzuelo, calderuela, carne de buiterra, falsos boezuelos, pájaros, pollos, perdices y otras piezas de caza...”.

El Conde Lucanor de DON JUAN MANUEL nos muestra escenas de caza en el Cuento XXXIII. “Señor Conde Lucanor –dijo Patronio–, para que en este caso hagáis lo más conveniente me gustaría mucho que supierais lo que ocurrió a unos halcones cazadores de garzas y, en concreto, lo ocurrido a un halcón sacre del infante don Manuel”. También en el cuento XLI se deja constancia de la afición cinegética del Conde Lucanor, en un pasaje donde éste le habla a Patronio: “Patronio, vos sabéis que soy muy buen cazador y he introducido muchas innovaciones en el arte de la caza, antes desconocidas, así como reformas muy necesarias en las pihuelas y en los capirotos de las aves de cetrería...”.

En *El licenciado Vidriera* CERVANTES no olvida el tema cinegético: “Otro día, habiendo visto en muchas alcándaras muchos neblíes y azores y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y de grandes señores (...)”, y que “(...) la caza de liebres era muy gustosa, y más cuando se cazaba con galgos prestados...”.

El galgo corredor de Cervantes, como el galgo negro, tres siglos después, de Romero de Torres, cobra cierta significación, al menos la misma que para el cazador auténtico supone ese auxiliar tan extraordinario que es el perro. Don Quijote, que era cazador antes de lazararse a recorrer las sendas de su locura, tenía un galgo. No podemos olvidar, pues, este galgo cervantino de don Quijote, simbolismo de una de las razas más hermosas y enigmáticas. Can de aquél lugar de la Mancha donde “vivía un hidalgo de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...”. Cervantes invierte la costumbre. El perro no sigue al amo por las sendas de su cuerda demencia. Don Quijote no va de caza. Bajo las estrellas de las noches “mesetarias” aquél ya no guardará el hato durante el descanso de los dos aventureros, ni avisará de la presencia de mandrines y forajidos. Cervantes, tal vez inconscientemente, dibuja la paradoja y atribuye el enjuto costillar, además de al caballero, a Rocinante. El galgo queda como una insinuación de la caza, tal vez como esbozo de la afición de su amo, postergado en la casa, atado a la puerta, mientras en su delirio don Quijote y Sancho andaban los caminos de Montiel en busca de aventuras. El galgo permanece, pues, neutralizado, inservible para deshacer la acometida cenceril y gatuna a propósito de los amores de

la enamorada Altisidora. El galgo, todo lo más, aparece evocado en esos “ladridos de perros que atronaban los oídos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho” a la medianoche, en aquellas callejuelas oscuras y misteriosas del Toboso, mientras ambos trataban afanosamente de encontrar el imposible paradero de la sin par Dulcinea.

Pero la caza en *Don Quijote de la Mancha* está latente. A veces incluso aparece de modo expreso. Buena muestra de ello es la sabrosa conversación de Sancho en el Capítulo XXXIV de su Segunda Parte, *Que cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar a la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas de este libro*. Después de describirse un lance con una jabalí en la montería a la que don Quijote fue invitado por los duques, y después de pasar Sancho mucho miedo por las posibles acometidas del animal y de mostrar las llagas a la duquesa de su roto vestido, ya con el jabalí muerto atravesado sobre la acémila, el fiel escudero se lamentó: “Si esta caza fuera de liebres o de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo. No sé que gusto se recibe de esperar a un animal que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida. Yo me acuerdo haber oído cantar un romance que dice: De los osos seas comido como Favila el nombrado. Ese fue un rey godo —dijo don Quijote— que yendo a caza de montería le comió un oso...”.

En *Diálogos de la Montería*, el insigne lucentino L. BARAHONA DE SOTO ofrece ciertas novedades sobre la concepción heredada de la tradición griega y árabe en materia cinegética. El influjo de Jenofonte, desde luego, impregnó toda la literatura cinegética hasta bien entrado el siglo XVIII. En un diálogo entre Silvano y Montano, Barahona ofrece una clara distinción en la caza a través de la respuesta del segundo personaje: “Bueno está ya: (...) y pues decís que se cazan peces y aves y fieras, solamente pienso tratar de la parte que enseña a matar fieras, y de éstas no todas, sino las necesarias para nuestra comida y que se hallan en nuestra tierra, la cual parte se llama montería tomando el apellido, no de los fines ni de los instrumentos, sino del lugar, porque como casi siempre se ejercita en los montes, tomó nombre de ellos. Ésta se divide en dos: en caza mayor, que es de puercos y ciervos y otros animales grandes, y en menor que es de liebres y conejos; y si en esta segunda parte me diéredes licencia, me confundiré y quizá trataré de perdices, en cuanto se cazan con los instrumentos que los animales terrestres, quiero decir, con perro y ballesta o arcabuz”.

El jabalí se convirtió siempre en pieza recurrente en relatos cinegéticos. JUAN MATEOS en *Origen y dignidad de la caza*, resalta la “astucia de un jabalí” que había resultado herido: “(...) Fue tanta su astucia que fue contra su natural para rehurtarse de los perros, se fue por el camino adelante, porque en los caminos no tiene el perro rastro por estar hollado de la gente. Echamos uno de los perros por un lado y otro por el otro, cogiéndole en medio, y huyó un cuarto de legua sin salir del camino, y se apartó del por un lado que había entrado en él; y en saliendo la perra tomó la traviesa (...)”. Vamos, que el jabalí se escabulló.

Este mismo autor relata también la historia de otro *jabalí que hirió su majestad el rey Felipe III en San Lorenzo el Real* un día a puestas de sol en el Campillo, o el que el Marques de Villena mató en los Montes de Guisando sin arcabuz y sólo con el cuchillo de monte. O esa otra historia del *jabalí en el Pardo*, “saliendo un día del El Pardo para concertar un jabalí para cargalle las telas el marqués de Velada y yo, yendo por camino de la Torre de la Parada, hallamos la traviesa de un jabalí que debía haber reñido con otro, que iba aguzando y echando espumajos por la boca...”.

Otras veces es el corzo el animal que suscita la inspiración del escritor. BALBUENA, en *Cacería de corzos en el Guadarrama*, describe una situación muy frecuente: el deseo frustrado del cazador por esa pieza que a última hora no pasa por dónde era pre-

visible lo hiciera, desvaneciéndose el animal entre el monte y entre su desesperación: “Le dejé acercarse, en la creencia de que, no sospechando mi presencia en aquel sitio, avanzaría en la misma dirección que emprendiera, y cuando me disponía a disparar sobre él, apuntándole en la cabeza, desapareció de pronto, y corriéndose por el barranco, siempre oculto, fue a vadearle mucho más abajo del alcance de mi escopeta...”.

También los viejos venados, los más esquivos, captan la atención del escritor. JAI-ME DE FOXÁ en su obra *Solitario* nos enseña el instinto autoprotector y elusivo de estos príncipes del monte: “A veces se limitan –sin levantarse– a orientar hacia voces y trabucos el arco de su cuerna y a abrir ojos de curioso temor mientras dilatan sus narices solicitando del olfato urgente información...”.

Ese instinto, sin embargo, suele claudicar cuando los calores del estío empiezan a ser un recuerdo en el monte. En esas memorias de Sierra Morena que viene a ser la completísima obra de M. AGUAYO *Montear en Córdoba*, éste recrea, con gran belleza, esa fidelidad del venado a la llamada de la naturaleza: “(...) Será otra tormenta como ésta, en el arranque del otoño, la que moje el lomo de los machos y ponga en marcha el reventar del cielo, haciéndole olvidar los cuidados necesarios para no caer al alcance de las armas del hombre. Entonces sólo quedarán como vigías en los jabardillos de reses las ciervas viejas, atentas a cualquier señal de alarma para envelar las orejas y pegar el espetonazo”.

En realidad, muchos son los animales objeto de caza que se han convertido en protagonistas principales o en fuente de inspiración de escritores de narrativa cinégetica. Desde los animales más livianos hasta los de mayor porte. Desde la caza del zorzal con el chifle y la liria en cualquier serranía del sur de España, que aparece descrita en el ensamblaje narrativo de *El crepúsculo de Virbio*, hasta la caza de osos en la montaña que relata PEREDA en su conocida novela *Peñas Arriba*, la captura de un elefante en Birmania que centra la temática de G. ORWEL en *Cazando un elefante*, la caza del kudu en *Diario de un safari en Sudáfrica* de C. VALVERDE CASTILLA, o, en fin, las peripecias de la caza del corzo en Hungría que describe desenfadadamente MIR JORDANO en su excelente obra *Caza mayor en España y más lejos*.

Las torcaces nublan el cielo de la dehesa extremeña y provocan la excitación del señorito en los *Santos inocentes* de DELIBES.

Las liebres, en las noches de invierno, salen a los claros del bosque alumbrados de luna por la llamada incontenible del cielo, y que la pluma cálida de PARDO BAZÁN refleja magistralmente en *Los Pazos de Ulloa*: “La alternativa de la oscuridad de los árboles y de los rayos espectrales y oblicuos de la luna, hace parecer enorme a la inofensiva liebre, agigantadas sus orejas, presta a sus saltos algo de funambulesco y temeroso, a sus rápidos movimientos una velocidad que deslumbra. Pero el cazador, con el dedo ya en el gatillo, se contiene y no dispara. Sabe que el fantasma que acaba de cruzar al alcance de sus perdigones es la hembra, la Dulcinea, perseguida y recuestada por innumerables galanes en la época de celo (...). Y si se deja pasar adelante a la dama, ninguno de los nocturnos rondadores se detendrá en su carrera loca, aunque oiga el tiro que corta la vida a su rival, aunque tropiece en el camino con su ensangrentado cadáver, aunque el tufo de la pólvora le diga: ¡Al final de tu idilio está la muerte...!”.

Es la llamada del cielo, esa llamada que es aprovechada por el hombre para cazar a los animales y que constituye la propia esencia o razón de ser de muchas modalidades de caza, de caza mayor o menor. Algunas, ancestrales, como la del conejo con el pito, hoy prohibida, o la perdiz con reclamo. En “*Memorias de un reclamo*” VAZQUEZ DEL RIO, en forma de novela, nos cuenta cómo Periquillo, cuando preparaba un puesto de piedra para el presbítero Miguel de Machaparra, gran aficionado a la caza de

la perdiz con reclamo, se encontró con una perdiz muerta y un lío de papeles en los cuales el reclamo "Castelar", como protagonista, había escrito sus memorias. Un caso extremo de personificación.

Esta modalidad cinegética, cuestionada por algunos, ha inspirado, asimismo, otros muchos relatos. Tal vez porque sea una de las que permitan una comunión muy especial entre el cazador y la naturaleza, que, como después diré, acaso sea, incluso más que la propia caza en sí, la verdadera fuente de inspiración tanto del escritor en general como del escritor cazador. Así interpreto yo esos momentos contemplativos de unos cazadores de perdiz con reclamo que al caer la tarde se disponen a recoger los arreos, contentos, sin duda, por la "música" del neófito que llevaban a probar, y sedados por el influjo del campo: "La calma del momento, como una sensación sobrenatural experimentada sólo en paraísos soñados, extendía su manto sobre el alma del paisaje y el frío calaba ya los huesos. Mientras don Evaristo enfundaba la escopeta, Andrés recogía el par de víctimas de la pelea después de colocarle el capillo a la jaula y miraba como de costumbre, embelesado, al ocaso, presumiendo que algo enigmático y sobrenatural se ocultaba tras su policromía".

A. SERRANO PLAJA, en *Caza de la perdiz con reclamo*, relata magistralmente el inicio del reto de la jaula: "El macho, sosegado y con tiento, como ensayando, comenzó a reclamar. Don Manuel dio la última chupada al cigarrillo, que colocó en el suelo poniendo luego encima su pie sigilosamente. Tras una vacilación se vio de nuevo al reclamo erguirse sobre sus patas coloradas, sacando la pechuga emplumada de azul acero, y volver a cantar, ahora con decisión..."

No me resisto a completar el desenlace de esta faena a mi libre albedrío, como yo mismo la tengo escrita: "El del campo había cumplido con gallardía ya su cometido y el de la jaula también, y con no menos bravura, sin perderle la cara a su contrincante, apuntándole siempre con su pico y con su cuello encrespado, buscando a toda costa eludir el cerco de alambre. Y llegó el momento: un certero escopetazo barrió al macho, dejándolo yacente a metro y medio escaso del reclamo con las plumillas de su penca alborotadas por la suave brisa que en ese momento se levantó..."

A veces es el auxiliar del cazador por excelencia, el perro, el que se erige en protagonista del relato. En *Tras los pasos de Prin*, JOSÉ OCHOA plasma el lamento del cazador ante su perro de muestra por haber equivocado los cartuchos de la escopeta: "Era muy temprano, apenas se veía, y mis botas y zahones se habían mojado con el rocío de la madrugada. Tú ya no corrías; andabas paso a paso lentamente, pisando con mimo la hierba húmeda, astutamente, como un felino. ¡Terrible momento! No puedo olvidarlo, tú volviste lentamente la cabeza para preguntarme: Pero, ¿qué te pasa? ¡Ay Prim!, lo que yo hubiera dado por poderte explicar lo inexplicable; pero no era posible. Volaron las perdices y tú corríste locamente detrás de ellas. Yo seguía clavado en la hierba: Al fin, volviste y te acercaste a mí aturrido y extrañado..."

En "*El sueño del cazador*", relato inédito, trato de reflejar, mediante una escenificación puramente onírica, esa íntima simbiosis que existe entre el ser racional y el animal racionalizado, entre el cazador y su perro de muestra, a propósito no en este caso de la equivocación de los cartuchos, sino de la evocación de un lance donde el cazador erró el disparo: "El cazador sueña, sigue soñando, y recompone aquella escena. Ordena los fragmentos de aquel naufragio y traza en el aire con precisión quirúrgica el vuelo del ave que logró incomprensiblemente superar el segundo disparo. El perro lee el yerro en la ensoñación del amo y le mira desde uno de los vértices de su milimétrico zigzag mientras parcela el terreno con perfectos cruces. El perro no quiere que quede ausente un solo trozo de atmósfera por donde pueda escaparse efluvio alguno. El co-

razón del perro bombea más deprisa. Su agilidad se incrementa y los virajes son cada vez más rápidos y numerosos. El hocico alto, como queriendo salvar el matorral, es preludio de la cercanía de la pieza (...) El perro ya ha captado en toda su dimensión la presencia del animal oculto. Entonces la movilidad da paso a la más absoluta inmovilidad. La rigidez del bicho se ha trasladado a su delator, total y avasalladora, y desde éste, a su vez, como un espasmo, al cazador...”.

El más tangible *cocker*, de nombre “Perdigón”, de ELENA SORIANO en “Guerra Galana”, de su libro *Caza menor*, ante la presencia inminente de una liebre “(...) se mostraba impaciente por lanzarse al acoso; no atreviéndose a ‘tejer’ sin recibir la orden, se volvía con frecuencia hacia su amo gimiendo de puro nerviosismo. De pronto, sin poder contenerse, hizo una parada brusca e inició un requiebro hacia la derecha...”.

A. PALACIO VALDÉS en *Lo que cuesta un perro*, habla de la docilidad y fidelidad de la caza de “Canelo”, de su “(...) maravillosa aptitud y habilidad para quedar hecho una estatua delante de las perdices y para cobrarlas...”.

Casualmente es “Canelo”, otro Canelo, por supuesto, el valiente can que le hace frente a los osos en la obra de JOSÉ MARÍA DE PEREDA antes citada: “(...) Canelo, a todo esto, cuando no se lamía los arañazos, poco profundos, que le rayaban los pies en muchas partes, jadeaba y gruñía con el hocico descansando sobre sus brazos juntos y tendidos hacia delante, pero con los ojos clavados en los oseznos...”.

“Cartucho” –poco original he sido en el bautizo– es el perro en venta entre cazadores que aparece en mi novela antes citada a cuenta de una discusión sobre la conveniencia de si los perros de muestra han de tener rabo o no, o se les ha de cortar de pequeños: “(...) Y, en efecto, *Cartucho* lo tenía, y con todo su rabo paralelo al horizonte, tieso y derecho, su cuerpo rígido y desplegado, y con el hocico a media altura como mandan los cánones, estaba señalando en un espartal la presencia de una patirroja”.

En *Diario de un cazador*, la pointer cachorra de Lorenzo, “la Doly”, de parar candelarias pasó a faenas más nobles. La paciencia de Lorenzo y la pluma de DELIBES la convirtieron en una perra ya con oficio: “La Doly andaba hoy fina de vientos y se ponía loca con los rastros de las perdices. Junto a un escarbadero se desesperaba, porque quería seguir todos los rastros al tiempo. De pronto se quedó tiesa junto a un tomillo...”.

Perros, en suma, perros de caza mayor y menor, perros mastines, podencos, “serreños”, campaneros, alanos, simples chuchos, “tarabitos”, los mejores a veces para la caza, perros para pintar o para tomarle cariño, como a “Bolo”, “El chucho abandonado” que MARIANO AGUAYO acoge, en este caso no para inmortalizarlo en sus óleos sino para pintarlo en esa obra suya *La Sierra, los lances, los perros*, porque escribir no es sino pintar con el pincel de la palabra.

Antes dije que la naturaleza, mucho más que la caza, se erige en fuente de inspiración del discurso narrativo en la literatura cinegética. La caza es una actividad que se desarrolla al aire libre. En *Tiros y tirones*, R. GONZÁLEZ-RIPOLL entiende la caza como ocasión para el disfrute de la naturaleza, al igual que su hermano JUAN LUIS GONZÁLEZ-RIPOLL en su obra *Narraciones de caza mayor en Cazorla*.

La obra de DELIBES bebe de la naturaleza, del paisaje en su conjunto, de su amor por ambos. Se advierte cuan beneficioso ha sido para su obra el apartamiento provincial, casi rural, que le ha cargado de ternura, de humor delicado, de gusto por la sencillez y la modestia humana de sus personajes. El insigne escritor es como el Frígilis de *La Regenta*, uno de los pocos personajes sensibles del inmenso mosaico humano que fabrica LEOPOLDO ALAS. “(...) Frígilis no echaba de menos nada. Su devoción a la caza, a la vida al aire libre, en el campo, en la soledad triste y dulce, era profunda, sin rival (...), estudiaba la flora y la fauna del país de camino que cazaba, y además

meditaba como filósofo de la naturaleza...”. En este sentido la sentencia de Delibes es inapelable: “El verdadero cazador es capaz de disfrutar de un placentero día de caza sin disparar la escopeta”. El escritor de Valladolid se basta con contemplar los animales y el paisaje.

Una concepción espiritualista, casi franciscana, del paisaje de Sierra Morena nos viene regalada por la sensibilidad de C. VALVERDE CASTILLA a través de un precioso poema que titula *Paz*: Con zahones engrasados, / dos balas en la escopeta, / la canana en los costados, / y delante, acollarados, / el “Sultán” y la “Corneta”, / cuando en la tarde serena / voy de las reses en pos / mi alma de paz se llena, / porque en la Sierra Morena / se está más cerca de Dios.

Desde una óptica menos trascendente, pero cargada igualmente de belleza, en el relato “Guerra galana” antes reseñado, ELENA SORIANO hace una descripción muy sensual del campo: “Silbando, sin dejar de fumar, atrochaba ahora por la maleza, dichoso de sentir sobre los leguis su roce áspero, húmedo y perfumado. La mañana se le ofrecía virgen, como una muchacha desnuda y mojada aun de su baño lustral. Las agujas de los pinos y los enebros, las altas briznas de hierba, todavía llenas de rocío, multiplicaban hasta el deslumbramiento los rayos del sol naciente, como los falsos brillantes de una *vedette* en escena multiplican las luces de la batería...”.

“El cazador español” de AZORÍN camina también a la amanecida rodeado de un paisaje que es recogido al detalle por su pluma meticulosa y ultradescriptiva: “Ha esclarecido ya del todo; la pintada aurora se muestra en Oriente. En el terrazgo los pájaros pían. Se suele escuchar viniendo de lejos la esquila de un hato de ovejas que saliera de la casa a la par que nosotros. El monte por donde caminamos, monte bajo y ceniciento...”.

Sin embargo, AZORÍN continúa su relato con una reflexión que sigue hoy vigente: “(...) La distinción entre cazador y tirador es clásica (...) El tirador sale a matar, es decir, a cobrar piezas, sea como sea; el cazador se atiene al arte y a su placer personal. Al tirador no le importan cómo sean los tiros, ni le interesan los episodios de la caza. El cazador pone su cuidado en la manera de tirar y va gustando en su caminata de todos los accidentes que se ofrecen: paisajes, aire, cielo, fragosidad o llanura, aguas manaderas o pozas, peñas peladas o cubiertas de afelpados líquenes. Para el cazador la caza es un pretexto con que meter la naturaleza en su sensibilidad. Y cobrada la pieza el cazador ya no la estima...”.

DELIBES hace también este distinguo entre tirador y cazador en *El último coto*: “Hay cazadores que miden el éxito de sus cacerías por el peso del morral. Percha nutrida diversión cumplida, dice el refrán que me invento porque viene a pelo. Yo mantengo un punto de vista diferente: un par de perdices difíciles justifican la excursión; seis a huevo, no...”.

Otras veces es la recreación misma de toda la escenografía de caza lo que ocupa el relato. Revelador, a propósito de la caza de patos, resulta el pasaje de V. BLASCO IBAÑEZ “La tirada en la albufera” de su novela *Cañas y barro*: “Había amanecido y los escopetazos sonaban en toda la Albufera, agrandados por el eco del lago. Apenas si veían sobre el cielo gris las bandadas de pájaros, que levantaban el vuelo espantados por el estruendo de las descargas. Bastaba que en su veloz aleteo descendiesen un poco, buscando el agua, para que inmediatamente una nube de plomo cayese sobre ellos...”.

En su artículo *La caza*, M. JOSÉ DE LARRA describe una cacería y sus prolegómenos por tierras extremeñas: “(...) Los corsarios y escopeteros de pie y en rueda hunden en su enorme caldero, después de haberse santiguado, su cuchara de cuerno,

sacan con ella una cucharada de migas, la cual hacen pasar a la mano y de ésta a la boca; repetida esta operación hasta apurar el caldero, todo el mundo se dirige al sitio donde se va a dar la batalla; momento de confusión; nadie pide parecer; cada cual da el suyo; uno pide pólvora; otro, perdigones; otro, postas, por si sale alguna res; en fin, se carga; los ojeadores, precedidos de un corsario, van a tomar la vuelta de la mancha o espesura designada y a rodearla...”.

Tampoco faltan narraciones que recogen con elegancia la percepción íntima del entorno que rodea el final de una cacería. “Los monteros charlaban animadamente –nos dice AGUAYO en *El otoño de los jabalines*– mientras sostenían sus copas y pizcaban de los platos distribuidos en varias mesas. Allí estarían al amor del sol suave de la tarde hasta que llegasen de la mancha los últimos rezagados...”.

Con frecuencia es el atuendo y los bártulos del cazador lo que concita la atención del narrador, unos atavíos que han ido variando con el cambio de costumbres, al que la caza no es ajena. Porque desde luego media un abismo entre el venablo y el sayo de la montería en que don Quijote y Sancho participan, por no remontarnos más atrás, y el moderno *Browning*, “sombbrero exclusivo con pluma de faisán y cabeza de venado de plata y *barbour* recién adquirido en El Corte Inglés”, según describe PRIMO JURADO en el capítulo “Monterías, monteras y goles” de su *Teoría del Séneca cordobés*.

El propio LARRA, en el artículo arriba indicado, desciende al detalle y viste al cazador de la siguiente forma: “Un mal sombrerillo ancho, amarillento, curtido del polvo y del sol; una zamarra de piel, calzón de paño burdo, polaina o botín de cuero, zahones de cueros pendientes de la cintura; por calzado un pedazo de piel sin curtir, sujeto a la pierna con cordeles, una canana alrededor del cuerpo...”.

Más liviano es, sin embargo, el atuendo que le coloco a Andrés el Tejón, después de cumplir éste con el ritual de echarle de comer a los hurones, a los reclamos de perdiz y a los podencos: “...inmediatamente se calzó sus choclos de suela de neumático, se enfundó su blusón gris de lona y se ajustó su gorra de visera. Finalmente, agarró su zurrón de cuero...”. Me dejé atrás los pantalones, que desde luego debía llevarlos y serían de pana.

La historia del furtivo en la caza como elemento central o hilo conductor de la trama argumental ha sido muy recurrente. Yo mismo he sucumbido a ella aunque ofreciéndole, creo, un tratamiento distinto a este personaje, a quien le he dotado de una dimensión moral y de unas cualidades humanas fuera de uso.

A esta misma licencia creativa, pero con una innovación diferente, entiendo yo, ha acudido MIR JORDANO en su novela *Furtivos*. En ella se dibuja una nueva modalidad de furtivo apenas tratada literariamente: un individuo que actúa con gran precisión para desvirgar cotos de caza mayor utilizando instrumentos o “herramientas” de calidad en busca de los mejores trofeos con los que trafica y obtiene pingües beneficios, valiéndose incluso del engaño más refinado, desde el que ofrece fincas para cazar, aguardos y recechos a cazadores extranjeros ajenos a la patraña: “(...) Juan ‘El Murciélagos’, también conocido simplemente como Juan el de la Patro, daba vueltas en la cama, arrebujado entre mantas, gozando del frío exterior que no llegaba a sus huesos y de la imagen de su nueva herramienta, que le habían entregado esa misma tarde. Una carabina del 22 LR magnum, con excelente silenciador fijo, las monturas para un visor de visión nocturna y unos contrapesos de plomo magistralmente ajustados a la culata...”.

Desde luego, este novedoso arquetipo de furtivo en la literatura cinegética está a años luz de aquellos románticos personajes que iban a surtir de carne al monte, a pie y provistos de elementales escopetas de cañones gastados y culatas atadas con alam-

bre. El furtivo que aparece en la novela de L. BERENGUER *El mundo de Juan Lobón* es el que responde al patrón tradicional. El hombre casi asilvestrado que ni siquiera sabe leer y escribir, que no entiende nada más que de monte y de campo y que desconoce la realidad social existente fuera de los límites de sus serranías de Alcalá de los Gazules. En la Zarza, Cabrahigo y el Tarajal no hay más ley que la suya: “Los bichos montunos son de todos y de nadie: del que los trinca. No hay castigo para matarlos” —piensa Juan Lobón.

En esta misma línea, dotados de un sello aún más romántico, aparecen los cazadores de conejos con hurón y red que BLASCO IBAÑEZ había retratado varias décadas antes en su relato “Caza furtiva en el Pardo” de su libro *La horda*: “(...) El Chispas se colocó de rodillas a alguna distancia. Estaban allí las bocas de salida, y colocó en ellas los capillos de red. El Mosco abrió la bolsa y sacó el hurón. La *bicha* llevaba al cuello un cascabelillo de sonido débil (...) Maltrana, tendido de espaldas, miraba las estrellas, el cielo de oscuro azul, escarchado de polvo luminoso (...) Prefería permanecer inmóvil, en dulce quietud, dolorido por la fatiga, acariciado por la paz que parecía descender del cielo (...) ¿Por qué habrían de presentarse los guardas?...”.

Y, en efecto, apareció un guarda. *El guarda del jaramago* llegó muchos años después, pero no para perturbar la clandestinidad de los huroneros, sino como título que concede J. ESPEJO MOHEDANO a su obra, a una novela donde Silvestre, un hombre de la España rural del pasado siglo, ofrece sabrosísimas lecciones de caza.

La caza humaniza y uniformiza a los que la viven con intensidad deshaciendo desigualdades. La pasión cinegética no distingue clases sociales o profesiones. Esa afición es compartida simultáneamente por médicos, intelectuales, abogados, empleados, albañiles, empresarios, incluso religiosos, en cuyo seno ha habido verdaderos entusiastas. Cazadores de jaula, los más, pero también entre los hombres de iglesia se pueden contar “cazandangas” de escopeta y perro en el mejor sentido de la palabra, como el hermano Eugenio de *El último coto* de Delibes, que con “la sotana arremangada y sin babero tiraba los conejos a sobaquillo, sin aculatar siquiera la escopeta...”.

En ocasiones la caza, más o menos directamente, se utiliza por el escritor como la excusa perfecta para montar una historia de pasiones, violencia, sexo, celos e infidelidades. El simbolismo de los cuernos del cuadrúpedo sirve para dotar de cornamente al bípedo víctima de una infidelidad. M. PIMENTEL, en su relato *La yurta*, utiliza este recurso argumental con ocasión de una cacería del íbex en el desierto de Gobi, en Mongolia: “Levantó sus ojos mojados por las lágrimas, lo tengo ahora todo claro; comprendo el sentido de las palabras de Borja. Tenía razón, me ganó, aquella maldita noche me despojó del trofeo más querido. Se llevó a su cama a Marisa, mi mujer...”.

MIR JORDANO en *Furtivos* tiñe también parte de la trama de sexo e infidelidades: “Respirando con estrépito, se bajó los pantalones y los calzoncillos, que por un momento se le enredaron en los zapatos, que no le daba tiempo a quitarse, y se lanzó sobre ella a la que inmediatamente penetró. Se daba cuenta que el filo de la mesa le hacía daño en las espinillas, pero no tenía la opción de mejorar de postura por los apremios febriles de ella...”.

La caza del oso en los Cárpatos de la Transilvania me ha servido de decorado para montar una historia de ambición, lujuria y venganza que recojo a modo de relato, aún inédito, al que doy por título *Rueda de máscaras*: “Miralles había olvidado transitoriamente el percance, y con la mirada perdida en la ladera de enfrente pensaba en el cuerpo desnudo de Susana, del que Gerardo contaba excelencias cuando la vio en traje de baño en la piscina de su casa. ¡No te puedes imaginar qué pedazo de cuerpo!, le dijo en aquella ocasión. Desde entonces, el morbo y la fantasía comenzaron a construir el

mito de un deseo incontenible. Por eso Pedro esperaba, impaciente, la vuelta al hotel y el comienzo de la rueda de la lujuria, como prelude de esa otra rueda de máscaras que con tanto empeño les anunció Courbier. La noche, que ya empezaba a caer prematuramente sobre los cazadores, alivió su impaciencia haciendo inminente el regreso...”.

Pero fuera de estos casos puntuales, como suele ocurrir en cualquier actividad o faceta de la vida, y sin olvidar que estamos en la pura imaginación de novelistas y narradores, la caza, gracias a Dios, no es hoy día más que un deporte. La caza, desde mediados de siglo XX se ha generalizado como actividad deportiva, como forma de diversión y como ocasión propicia de poder contactar con la naturaleza, de soltar el lastre del estrés que las prisas y los modos de vida moderna nos ocasiona. En el artículo “La caza, naturaleza, deporte y amistad”, recopilado en *El astrolabio*, me hago eco de esta idea sobre la que el propio ORTEGA meditaba con su precisión acostumbrada en el prólogo antes indicado. En ese artículo reflexiono sobre este mundo de la caza tan extraño que, pese a todos los remilgos con que es visto desde determinado sanedrín cultural, sigue fuerte y vigoroso. Tal vez, precisamente por eso que antes dije: porque el mundo de la caza es un universo muy singular que genera en su seno, con pasmosa sencillez, edificantes e inquebrantables lazos de amistad entre personas del más variado extracto social.

Decía RENÉ FLORIOT en *Alegrías de la caza* que “un auténtico cazador es sencillamente un apasionado que se convertiría en el más desdichado de los hombres si tuviese que abandonar un día su escopeta.” Sinceramente no creo que llegue a materializarse esta eventualidad a causa de que la caza, por una razón u otra, desapareciese. Yo soy menos pesimista que DELIBES cuando en el *Libro de la caza menor*, éste afirmara que “la civilización opera contra la caza, o todo sea dicho con palabras pobres, que el tractor y la cosechadora se comen a la perdiz”. La caza como riqueza cinegética sigue, por suerte, existiendo, en gran medida gracias a los cotos y a los cazadores, aunque la Administración, con sus extravagantes reglamentaciones, ayude a veces poco a ello. Pese a todo, si bien algo más adulterada –¡qué le vamos a hacer!–, seguirá, por tanto, existiendo la caza y los cazadores. Los cazadores que vibran de emoción, los que además la transmiten escribiéndola y los que, sin serlo, se aproximan con su imaginación y su pluma al arte de la cinegética para construir historias. La caza, pues, continuará generando literatura en medio del regusto de acudir al monte para sorprender y abatir a un hermoso venado o de lanzarse por esos andurriales, paralela en ristre, zurrón a la espalda y pachón de vientos largos, persiguiendo a las patirrojas por barrancos y collados hasta acabar, exhausto, junto a un buen perol de arroz con liebre al calor de los amigos y de la lumbre. Al calor de esa misma lumbre que iluminaba la cara del hombre primitivo en la noche perdida de los tiempos, para poder así seguir evocando lances increíbles y contando viejas historias de caza.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUAYO, M.: "La sierra, los lances, los perros". *Otero Ediciones*. 1998.
- AGUAYO, M.: "El otoño de los jabalines". *Otero Ediciones*. 2005.
- AGUAYO, M.: "Montear en Córdoba". Colección Triunfo 2. *Caja Provincial de Ahorros de Córdoba*. 1991.
- ALAS "CLARÍN", L.: "La Regenta".
- BARAHONA DE SOTO, L.: "Diálogos de la Montería".
- BERENGUER, L.: "El mundo de Juan Lobón". *Alfaguara*. Madrid. 1967.
- CAMPOS, J.: "La caza en la literatura" (recopilación de textos literarios). *Taurus Ediciones*. Madrid. 1961.
- CERVANTES, M.: "Don Quijote de la Mancha".
- CERCANTES, M. "El licenciado Vidriera" Novelas ejemplares (1613). Barcelona. Ediciones publicadas por Frances Luttikhuisen.
- DELIBES, M.: "Diario de un cazador". *Destino*. 12 edición. 1992.
- DELIBES, M.: "El último coto". *Destino*. 1994.
- DELIBES, M.: "Con la escopeta al hombro". *Destinolibro*. 2ª edición. 1991.
- DIARIO "El norte de Castilla" (viernes, 14 de octubre de 2005, pag. 70).
- DON JUAN MANUEL, "El conde Lucanor". www.ciudadseva.com.
- EL CONDE DE YEBES: "Veinte años de caza mayor". *Edit. Plus Ultra*. Madrid.
- ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA EUROPEO AMERICANA. ESPASA CALPE. 1978. Tomo 12. Voz "caza". Páginas 738-740.
- ESPEJO MOHEDANO, J.: "El guarda del jaramago". *Al Andalus*.
- FOXÁ J.: "Solitario". *Taurus Ediciones*. Madrid. 1960.
- GARCI-GÓMEZ M.: "Ascendencia y trascendencia del neblí de Calisto" aawbsv.aas.duke/celestina/CELESTINA/ENSA/ASCENDENCIA/HTM.
- CELA, C.J.: Introducción al libro 'La Caza'. www.webstats4u.com/stats?DhzdunreRYu.
- JORGE GUILLÉN; Cit por Manuel Alvar, *El mundo novelesco de Miguel Delibes*, Madrid, Editorial Grados, 1987, p. 114.
- MIR JORDANO, R.: "Furtivos". *Almuzara*. 2006.
- MIR JORDANO, R.: "Caza mayor en España y más lejos". *Al Andalus*. 2003.
- OSKAR SEIFFERT: "Diccionario de mitología griega y romana" (página 94). *Ediciones Obelisco*, Barcelona. 2000.
- PIMENTEL SILES, M.: "La yurta". *Ánfora Nova*. 2004.
- RENE FLORIOT y otros: "Alegorías de la Caza". *Destino*. Barcelona 1977, 2ª edición.
- REVISTA "CAZA DEPORTIVA" (FAC). Edición Marzo de 2002.
- SÁNCHEZ GASCÓN, A.: "El derecho de caza en España". *Editorial Tecnos*.
- SÁNCHEZ ZAMORANO, F.: "El crepúsculo de Virbio". *Ánfora Nova*. 2006.
- SÁNCHEZ ZAMORANO, F.: "El Astrolabio". *Ánfora Nova*. 2002.
- SÁNCHEZ ZAMORANO, F.: "Rueda de máscaras". Inédito.
- SÁNCHEZ ZAMORANO, F.: "Los terrenos cinegéticos y su normativa" *Jornadas jurídico cinegéticas*. Federación Andaluza de Caza. Marzo, 2002.
- VALVERDE CASTILLA, C. "Diario de un safari en Sudáfrica".
- VÁZQUEZ DEL RÍO, J.: "Memorias de un reclamo". *Al Andalus*.
- VICEDO, JUAN: "Introducción a El Conde Lucanor". Biblioteca Virtual Cervantes. www.cervantes.es.